

PUERTO DE LA CRUZ

JAVIER REYES

PUERTO DE LA CRUZ.— La celebración del 250 aniversario del nacimiento de Agustín de Betancourt saca a la luz algunas particularidades del ingeniero portuense como su tendencia al espionaje industrial no aclarado, no obstante, por la historiografía. De hecho, muchos de sus admiradores se sienten molestos con esta calificación, temerosos de que su prolífica vida y obra pueda quedar en segundo plano ante la tentación de convertirlo en un *James Bond* del siglo XIX.

"Él era una persona curiosa e inquieta, pero no puede hablarse de un espía", comenta Juan Cullen, descendiente de Betancourt y autor de *La familia de Agustín de Betancourt y Molina. Correspondencia íntima*.

Cullen reconoce que Betancourt era "un gran científico", lo que le permitió "copiar y mejorar" la máquina de vapor de James Watt con un simple vistazo porque no le dejaron profundizar más. "En esa época, los ingleses tenían el proyecto como un secreto de estado, y dolió que se lo copiaran", comenta. Hubo otros que lo intentaron, como algún ingeniero alemán en una época convulsa en el contexto económico europeo, pero sin el éxito del portuense, que después se convencería de que los franceses no estaban preparados para dar el salto industrial.

El logro de Watt de 1784, pronto se convirtió en una obsesión para una mente como la de Betancourt, que pasó unos 20 días en Londres aprendiendo su funcionamiento. Los ingleses, no obstante, no estaban dispuestos a dar facilidades, y menos aún a un extranjero protegido por Francia y España, de ahí

¿Espía o mente privilegiada?

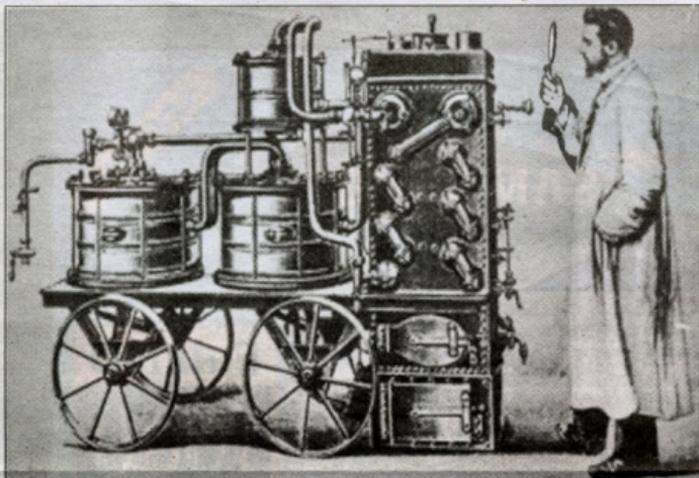
Los admiradores de Betancourt defienden su talento para mejorar la máquina de vapor de Watt, pero el 'temor industrial' lo expulsó de Londres

imaginación los órganos de una máquina que apenas pudo inspeccionar.

Betancourt terminó expulsado de Inglaterra, donde buscaba modelos para asegurar las minas mejicanas, por el cambio de alianzas internacionales que hizo que Francia y España le declararan la guerra. Todos los súbditos españoles salieron del país, aunque a Betancourt se le echó con una saña especial, porque aún se recordaba como divulgó por Europa la máquina de vapor de Watt. De hecho, se le detuvo y se le hizo un escrupuloso examen de sus papeles, donde llevaba algunos modelos esbozados, y lo desembarcaron en Lisboa. Antes de salir de allí camino de Madrid, la Corte lo trasladó directamente a París para fabricar y encargar la máquina que se pensaba comprar en Londres.

Se aceleraban entonces sus discrepancias con Godoy, valido de Carlos IV, que ya había intentado sin fortuna mandarlo al destierro cubano. Sin el favor de la Corte, el ingeniero portuense empieza a pensar en un futuro lejoso de España, primero en Francia, donde no termina de casar con el gobierno napoleónico, y después en Rusia, donde protegido por el zar Alejandro I, pasa los últimos 16 años de su vida con su familia.

Su excelente labor en San Petersburgo, donde participó en la ampliación y reforma de la catedral de San Isaac, la construcción de la maquinaria del edificio de la Moneda de San Petersburgo, la feria de Nijni Novgorod o el Picadero de Moscú, ha sido justamente reconocida en el país ruso. A partir de ahora lo será también en Tenerife.



Recreación de una investigación histórica. / JAVIER ZUÑIGA

que sólo le enseñaran el exterior. La máquina se encontraba detrás de una mampara para que sólo se pudiera ver el conjunto, pero pronto se dio cuenta de que el nuevo modelo carecía de las cadenas con la que el vástago del cilindro de vapor y al de la bomba se acercaban al balance.

Gracias a estos dos pequeños detalles también descubrió que el émbolo del cilindro-motor actuaba con igual fuerza hacia arriba y abajo. Era la máquina de doble efecto, la base de la revolución industrial y

que Betancourt aplicó con gusto en Rusia y no en España, donde las intrigas palaciegas le obligaron a exiliarse en 1807.

Lo que hizo Betancourt fue, sencillamente, acabar con el monopolio inglés de la época que impedía el desarrollo industrial de los franceses, ya que les arrebató la posibilidad de controlar en exclusiva unos enormes intereses económicos. Por ello, los autores ingleses tienden a silenciar su labor sin tener en cuenta que tuvo que improvisar soluciones y completar con